

# Rodolfo Puiggrós, el gran jefe montonero

por Carlos VILLAR ARAUJO

**H**ACE hoy exactamente un año —y cuando estaba a punto de cumplir los 74 de su combativa existencia— falleció en La Habana uno de los argentinos que más entendió y amó a México: el intelectual y político revolucionario Rodolfo Puiggrós.

La circunstancia de que haya pasado en este querido suelo mexicano el lustro final de su vida y de que fuera en la Cuba socialista donde exhaló el último aliento —es decir, las naciones que fueron cuna de sendos procesos revolucionarios que Puiggrós admiró, exaltó y defendió en todos los foros— guarda algo de simbólico. Tal vez sea lo que él mismo quiso encerrar en una fórmula, cuando los acontecimientos de nuestro país lo obligaron, como a tantos de nosotros, a buscar refugio en la generosa tierra azteca: "Ahora —nos dijo— la Patria se me ha agrandado a toda América Latina". Ideólogo de la revolución nacional en nuestra Argentina, Rodolfo Puiggrós reubicó con esa frase su bien ganada estatura de maestro para los revolucionarios de todo el continente.

No era la primera vez que el autor de la *Historia Crítica de los Partidos Políticos Argentinos* venía a residir a México. Ya había atravesado aquí otro prolongado exilio, de 1961 a 1965. Fue entonces cuando selló su profunda amistad con don Enrique Ramírez y Ramírez, en quien reconocía a un alma gemela y al que acompañó en el equipo fundador de *El Día*. Nos consta que se sintió siempre un hombre de esta casa y precisamente por ser tan argentino, tan latinoamericano, vio a México como una prolongación de su propio hogar.

Las enseñanzas de Puiggrós se desgranaban a través de unos cuarenta volúmenes (todos ellos prohibidos por la dictadura que asuela a nuestra patria), innumerables artículos periodísticos y la cátedra en aulas universitarias de cinco países incluyendo las de la UNAM, en cuyo cuerpo de profesores participó hasta su muerte. Aunque como maestro de juventudes al llegar el gobierno popular de 1973 lo designó Rector de la Universidad Nacional de Buenos Aires, el eje principal de sus preocupaciones siguió siendo la historia, la filosofía y la política.

Pero nada más lejos de su persona que la imagen del intelectual de gabinete, aislado de las inquietudes cotidianas. Muy al contrario, vivió comprometido a fondo con su tiempo, tomó ardientemente partido por la causa de los pueblos, bregó sin cuartel contra la opresión, la injusticia, la explotación y la hipocresía. Fiel al método científico para interpretar y transformar la historia —mismo que desde su más temprana juventud había sido la brújula que le ayudó a ver el mundo— siempre supo Puiggrós sintetizar la teoría y la práctica en el fervor operante de su propia vida. Lo esgrimió con rigor, y en consecuencia sin dogmatismo, convencido de que la ciencia marxista excluye la generalización arbitraria, la proyección antidialéctica de "recetas" extrapoladas de coyunturas distintas, la profusión de rótulos fáciles que sólo revelan la pereza mental de sus autores y eluden, tras analogías falsas, aquél "análisis concreto de la situación concreta" reclamado por Lenin.

Era Puiggrós uno de los más brillantes y promisorios intelectuales de la izquierda marxista argentina cuando en Buenos Aires estallaron —a mediados de los años 40— los sucesos que determinarían el ascenso al poder del entonces coronel Perón y la consolidación de su movimiento nacional y popular. El espectáculo de los contingentes obreros insurrectos, reclamando el 17 de octubre de 1945 la libertad de su líder, lo incorporó definitivamente al movimiento popular.

Aquellas no eran "turba lumpenproletaria" como pretendía la izquierda oficial. Eran los trabajadores argentinos de carne y hueso, en el punto más alto de su nivel de conciencia. A partir de ese instante, Puiggrós supo que entre la clase obrera real y el fantasma abstracto imaginado por los teóricos de su partido, él no podía dudar: elegía al pueblo existente. El pueblo era peronista, Puiggrós sería peronista, no por seguir ciegamente a las masas ni por tácticas oportunistas, sino por genuina identificación con la clase revolucionaria.

No fue Puiggrós, por cierto, el único hombre de extracción ideológica marxista que supo comprender lo que sucedía —no fue el único que, tras romper con un seudo-izquierdismo sectario asumiera la identidad peronista como la auténtica expresión de la clase obrera en ese país y en ese momento determinados. Fue, empero, de los pocos que abrazaron el nuevo Movimiento Nacional sin suponerlo incompatible con la ideología del proletariado mundial, sin antagonizar la contra-



Mario Zapata:

Catorce años en la *jaula chica* dentro de la *jaula grande* que era la España de Franco



**CUANDO SE HABLA** de periodismo suele invocarse la objetividad. Se dice que la tarea del periodista, con exclusión de otras, es informar. Se supone que así se deja al margen el personalismo, se omite que este criterio pone entre paréntesis la responsabilidad social del periodista. Ni Rodolfo Puiggrós, ni Genaro Camero Checa, ni Mario Zapata, a quienes recordamos en el primer aniversario de su muerte, pensaban así. Para ellos, el periodismo consistía ciertamente en decir la verdad, al fin y al cabo "la verdad es siempre revolucionaria", pero esa fidelidad a la verdad no les impedía tomar partido por los explotados. Sabían, y lo pagaron con el dolor, la persecución, la cárcel y el exilio, que la palabra compromete. La teoría la pusieron a prueba con la praxis, es decir con la acción, en la realidad de España y de América. No, no fueron periodistas objetivos. Fueron hombres de palabra, de acción, militantes. (Carmen GALINDO).

Ese fue el núcleo de su opción por el nacionalismo revolucionario.

La historia le daría la razón. Fue en la adversidad de los años de represión y de regresión social que siguieron al derrocamiento, en 1955, del movimiento popular peronista por un golpe militar oligárquico, que a través de una lucha inicialmente espontánea, más contundente y organizada luego, con avances y retrocesos, con auges y treguas, la clase obrera argentina fue radicalizando consignas y perspectivas. Tal como Puiggrós lo había predicho, los trabajadores fueron haciéndolo desde el mantenimiento de su identidad política, no desde rútolos ajenos a su experiencia.

La tendencia peronista revolucionaria —que siempre estuvo presente, en el seno del movimiento policlasista— fue adquiriendo contornos cada vez más nitidos a lo largo de las difíciles batallas de la resistencia hasta que, a comienzos de la década del 70, acaba por corporizarse en forma espectacular en las columnas de la Juventud. Ahora tienen una vanguardia: la Organización Montoneros que encabeza Mario Firmenich. Y tienen, por tanto, un nombre diferencial: constituyen el **peronismo montonero**. Puiggrós no necesita ingresar a él, estuvo siempre. "Yo fui el primer montonero", decía sonriendo, feliz, ante la confirmación de todos sus afanes.

"Los grandes cambios se dan cuando se reúnen tres elementos: las masas, la fuerza de las armas y la teoría revolucionaria", enseñaba el viejo maestro. "Las masas solas van a la anarquía; las armas solas, sean del ejército regular o irregular, llevan al despotismo y la teoría revolucionaria sola conduce a una torre de marfil..." En el peronismo montonero Puiggrós reconocía conjugados los tres elementos. Por eso el gran orgullo que lo embargó cuando su hijo Sergio fue ascendido a capitán de la guerrilla montonera, orgullo que —en medio del inmenso dolor que la noticia le provocó— se acrecentó aún más cuando supo que Sergio había muerto heroicamente combatiendo la dictadura militar oligárquica de Videla-Viola.

De ahí que en 1979, al ser incorporado a la Conducción Nacional —máxima estructura de dirección en la fuerza política a la que pertenecía—, este infatigable luchador que tantas trincheras había ocupado y que tanto hizo por su pueblo, confesó públicamente que la nueva responsabilidad era "la más importante que he desarrollado en mi vida". La noche de su fallecimiento, lo ratificaría el secretario general del MPM: "Era una tarea —puntualizó Firmenich— que Rodolfo cumplió acabadamente, como el gran jefe montonero que fue".

La desempeño, además, animado de una inmovible fe en la victoria del pueblo, de su pueblo argentino y de todos los pueblos oprimidos por las oligarquías y el imperialismo. Ni en las etapas más difíciles de la lucha en su país se dejó llevar por el abatimiento ni prestó atención a las sirenas derrotistas. Para Puiggrós la historia era irreversible, sabría que los intentos por detener su rueda se hallaban de antemano condenados al fracaso. Nunca antes se había equivocado, estaba seguro de que los hechos vendrían a verificar de nuevo su implacable lucidez. No porque el régimen militar-oligárquico fuera a hundirse por sí mismo —"las dictaduras no caen solas, hay que derribarlas", repetía— sino porque confiaba en que ni los asesinatos, ni las desapariciones, ni la tortura indiscriminada, ni la cárcel, ni el destierro bastaban para disuadir a los trabajadores argentinos.

Quienes lo conocimos, podemos imaginar la satisfacción con que hoy contemplaría el ocaso del régimen genocida argentino, cómo saludaría a los 50,000 obreros peronistas manifestándose en las calles y qué esperanzas pondría en el naciente frente opositor que radicaliza día a día sus demandas acorralando a la dictadura. "Muchos revolucionarios —termina— ha Mario Firmenich, hace un año, en memoria de Rodolfo Puiggrós, un hombre de palabra, de acción, militante."

**E**N el principio fue Antonio Pérez García, un español más, que desde las Juventudes Socialistas Unificadas, erró por una guerra que partió al país en dos.

La improvisación en el campo de batalla lo hizo borrar las primeras cuartillas del Diario del Frente. Estas primeras letras, escritas a vuelapluma, marcarán su actividad posterior.

Al final de la guerra, la derrota y una decisión: permanecer en España en las redes clandestinas de la resistencia. Por esta opción pagará el tributo, al contado, con catorce años en el penal de Burgos. Luego, nuevamente, la clandestinidad y el exilio.

A los siete meses de la muerte de Franco, Antonio Pérez, ahora ya como el cuajado periodista Mario Zapata, dirá:

"Franco ha dejado muchos millones de pesetas a sus familiares, pero su herencia es más vasta: dejó un país ahorrado para el ejercicio racional de la política... El clima de distensión está siendo obstaculizado, sistemáticamente, por los ultras... La vieja liturgia de los brazos en alto, al estilo fascista, las medallas ganadas en el frente ruso durante la Segunda Guerra Mundial; los uniformes alemanes, legionarios y las insignias; con Girón al frente y los terroristas en las calles, multiplican su presencia..."

Parece escrito para el día 3 de noviembre de 1981, fecha en que los militares españoles condecoran al subversivo capitán general Milans del Bosch.

Helado el corazón por una de las dos Españas, Antonio Pérez recobra la libertad del franquismo. Esos años en la *jaula chica* forjan la dimensión del hombre político. No hay dos caminos: en la *jaula grande* que es la España de Franco sólo queda, en contraposición a la *paz de los muertos*, el álito de los vivos.

Pero si como él decía "nadie elige la historia en las condiciones que quiere", menos las elige el derrotado. Su trabajo clandestino y la erosión producida por éste, le lleva al exilio.

Ahora sí, desde **Radio España Independiente**, hablará Mario Zapata. Como corresponsal en Cuba, ahí están sus crónicas de "Tres días que conmovieron al mundo" en Playa Girón. Pero esos hechos no son sólo un relato de terceros. Junto a los dirigentes históricos de la Revolución Cubana, el periodista sumará su propia experiencia y portará su uniforme verde olivo. Es la dimensión de su internacionalismo.

En otras circunstancias, casi veinte años después de estos hechos, ante otras agresiones a Cuba diría, desde uno de los canales de la televisión mexicana:

"En estos momentos un objetivo de la política exterior norteamericana es desacreditar a Cuba, dañar su imagen, enfrentarla con los demás países latinoamericanos y, si es posible, agudizar sus problemas internos. No se puede descartar que a esto se sumen secretas agresiones químicas contra la débil economía isleña. ¿Que esto parezca increíble y propia de una novela de ciencia ficción? Se pueden recordar dos casos oficialmente reconocidos por Washington que cimentan las sospechas. Uno: diez años atrás, los laboratorios del Pentágono tuvieron que ver con otra epidemia que costó a Cuba la pérdida de 300 mil cabezas de ganado porcino. Otro: aún antes, Estados Unidos programó un plan de desecación de nubes, para impedir las lluvias sobre la isla rebelde y ello no se hizo público hasta 1976..."

Dos décadas habían pasado, sin abandonar sus críticas a la

dos como los que ya hemos enunciado, o los de la economía, el armamentismo, la tensión, el medio ambiente, los energéticos o la educación.

Frente al kaffiano tema de la amenaza nuclear, y aunado a la cuestión del consumismo, producto exultante de el *american way of life* decía:

"Un informe erróneo de una computadora puso crispados, en estado de alerta, al comando estratégico de Estados Unidos contra un hipotético ataque de proyectiles soviéticos". "Hace apenas una semana, la emisora de radio norteamericana WPFW, transmitió el siguiente mensaje, en medios de ruido de sirenas: "Washington está siendo atacada. Esto no es un anuncio, ni ninguna clase de prueba. Washington está siendo atacada". Millares de personas abandonaron aterradas sus casas en busca de un refugio atómico donde esconderse. Una verdadera broma".

"Cuesta trabajo creer que esto no es un anuncio. Cuesta creer que los que venden los refugios antiatómicos, con doscientos mil dólares de entrada y el resto en incómodos plazos mensuales, no pensarán: 'Asustamos a la gente por el radio y al día siguiente, los que no tengan refugios, los compran como frijoles'".

Ante tanto error, un mínimo en broma y mucho en serio, añadía:

"Parece ser que lo único que ven como problema (los Estados Unidos), después de lo de Irán, es la parte mecánica de la agresión. Algunos piensan que al ir a apretar el botón para soltar los misiles, los técnicos pueden sufrir un fallo, y apretar el aire acondicionado, por ejemplo. Vamos, algo así de resultados técnicos tan brillantes como la fracasada *arenización* en el desierto de Irán".

Ante el asesinato del periodista Bill Stewart, en Nicaragua, Mario Zapata recuerda la pregunta de sus verdugos:

"¿Conocen ustedes a este perro?"

"Sí: yo conocía a ese perro. Era un perro ladrador, guardador, mordedor. Era ladrador porque no se callaba nada. Porque no había escrito jamás una crónica de guerra desde la mesa de una cafetería. Era un perro guardador porque mantenía una celosa vigilancia de la honestidad informativa. Era un perro, eso sí, mordedor del ladrón deshonesto: un buen perro; un perro hermoso, de los que da gusto que te guarden la casa en este mundo en que estamos viviendo. Yo le había conocido, una mañana en el Hotel Intercontinental de Managua. Sí, era un perro directo, no un perro de tocador de los que escriben bellas frases... Nadie ha dicho de poner en Estados Unidos la bandera a media asta, como cuando murió John Wayne. Pero querido perro Bill... yo te digo, mientras veo otra vez arrastrar tu cuerpo en el barro, por ese Guardia Nacional te digo que ese mismo tiro sobre tu nuca, ha herido de muerte también en la cabeza a tu verdugo. Nosotros, los perros de las noticias, sí que sabemos los verdaderos nombres de tus asesinos".

Después de su alejamiento del Partido Comunista Español, muchos fueron sus detractores, casi tantos como los que desde la derecha quisieron sacar partido de esta situación. Mario siempre tuvo las cosas muy claras. Antes de su muerte, le pidió a José Ramón Enríquez, unas galeras de su último trabajo para aumentar un postrer párrafo, donde dejaría bien claro que su punto de partida era la indisoluble unidad entre la teoría y la praxis revolucionaria: temía que lo malinterpretaran los pontífices del obrerismo que, dogma en ristre, van por el mundo tan ocupado en cazar heterodoxos que han perdido el rumbo de la revolución.

José Ramón, comentará: "Pensamos que quienes le cuelguen el sambenito de revisionista, servidor objetivo del imperialismo y todos esos etcéteras que provocaron en Mario más la risa que la amargura parafrasean en él lo que Stendhal afirmaba de su Julien Sorel: lo llaman revisionista los revisionistas".

El mismo Mario se burlaba de esto escribiendo:

**Amenaza**

"Me han amenazado por rojo, los supervivientes del MURO.

Por fascista, las feministas radicales.

Por miedoso, los que se enteran que me quedo con gripa en casa.

Por machista, los que saben que sigo yendo al despacho.

Por blasfemo, los creyentes.

Por reaccionario, los ateos.

Ena Puiggrós uno de los más brillantes y promisorios intelectuales de la izquierda marxista argentina cuando en Buenos Aires estallaron —a mediados de los años 40— los sucesos que determinarían el ascenso al poder del entonces coronel Perón y la consolidación de su movimiento nacional y popular. El espectáculo de los contingentes obreros insurrectos, reclamando el 17 de octubre de 1945 la libertad de su líder, lo incorporó definitivamente al movimiento popular.

Aquellas no eran "turbas lumpenproletarias" como pretendía la izquierda oficial. Eran los trabajadores argentinos de carne y hueso, en el punto más alto de su nivel de conciencia. A partir de ese instante, Puiggrós supo que entre la clase obrera real y el fantasma abstracto imaginado por los teóricos de su partido, él no podía dudar: elegía al pueblo existente. El pueblo era peronista, Puiggrós sería peronista, no por seguir ciegamente a las masas ni por tácticas oportunistas, sino por genuina identificación con la clase revolucionaria.

No fue Puiggrós, por cierto, el único hombre de extracción ideológica marxista que supo comprender lo que sucedía: no fue el único que, tras romper con un seudo-izquierdismo sectario asumiera la identidad peronista como la auténtica expresión de la clase obrera en ese país y en ese momento determinados. Fue, empero, de los pocos que abrazaron el nuevo Movimiento Nacional sin suponerlo incompatible con la ideología del proletariado mundial, sin antagonizar la contradicción entre peronismo y teoría revolucionaria, buscando así, en la praxis de las masas, las reglas de transformación que permitieran superarla desde el interior de la Argentina Real.

por Gustavo VALCÁRCEL

**D**IOS nunca muere es el título de una melodía hermosísima —desconozco el nombre del autor— que hace las delicias de las marimbas centroamericanas. Vibran estas con una nostalgia tan inmensa que más pareciera la despedida final de un amor imposible.

Estábamos cenando en "El Gallito" un night club de la Ciudad de Guatemala: Genaro Carnero Checa, Alfonso Solórzano (Gerente General del Instituto Guatemalteco del Seguro Social fallecido también en México), mi esposa Violeta —prima de Genaro— y yo. Gobernaba el país el Presidente Arbenz, durante cuyo régimen el Partido Guatemalteco del Trabajo (marxista-leninista) tenía una bien conquistada ascendencia y reputación. Ahora se encuentra en plena guerrilla combatiente.

Al filo de la medianoche, cuando ya habíamos escanciado algunos vinos, el locutor interrumpió la música nostálgica para dar a los asistentes una noticia impresionante: "José Stalin acaba de morir en Moscú". Raudamente, el Negro se acercó al micrófono y con un vozarrón, sacado de no sé dónde, exclamó: "¡Stalin nunca muere!". En este grito de su alma estaba resumido todo su pasado. Fue el 5 de marzo de 1953. Impávida, la marimba prosiguió con su DIOS NUNCA MUERE...

De paso a México, la víspera había llegado Genaro, desterrado por Esparza Zañartu, el siniestro Director de Gobierno de Odría. La presión del Embajador de EE.UU. en Lima —quien públicamente lo consideró "un elemento peligroso para los intereses norteamericanos"— dio sus resultados violentos.

Nuevamente, el golpeado periodista piurano volvía a recorrer los arduos sinsabores de un ostracismo sin excusas, al igual que antes y después había sido huésped asiduo de los celdas limeñas y de la ísla penal de "El Frontón", en forma gratuita, pero cruel, muy cruel.

### "LA POLITICA ES LA VIDA"

Todo era juventud para este adolescente, espiritual, que hacía un par de años había cumplido los 40 y que desde la edad de los 18 sumó sus esfuerzos a los del destacamento marxista-leninista en el Perú.

Durante el Gobierno brutal de Sánchez Cerro, en 1932, Genaro visitó por un año —Oh, larga visita inesperada!— la insula rocosa de "El Frontón", lo cual le deparó una tuberculosis galopante. Resultó, así, el primer peruano que recibió el tratamiento de neumotórax, de las manos afectuosas y expertas del doctor Eulogio Colichón. Mas, la terapia le resultó infructuosa y perdió el pulmón derecho, que quedó reducido hasta el tamaño de un puño bien cerrado.

Esto quiere decir que con un solo pulmón trabajó toda su vida, con el vértigo de la pluma en ristre, en actividad infatigable, a lo largo de una vigilia apasionada y febril. Antes bien, como también tenía una dolencia cardíaca, para mí ha resultado un milagro que pasara los 70 y que un maldito cáncer se lo llevara sin más ni más.

En el texto que José Carlos Mariátegui dedica a "El grupo Clarté" (en *La Escena Contemporánea*) hay un concepto de

su fallecimiento, lo afirmo el secretario general del MPM: "Era una tarea —puntualizó Firmenich— que Rodolfo cumplió acabadamente, como el gran jefe montonero que fue".

La desempeñó, además, animado de una inmovible fe en la victoria del pueblo, de su pueblo argentino y de todos los pueblos oprimidos por las oligarquías y el imperialismo. Ni en las etapas más difíciles de la lucha en su país se dejó llevar por el abatimiento ni prestó atención a las sirenas derrotistas. Para Puiggrós la historia era irreversible, sabría que los intentos por detener su rueda se hallaban de antemano condenados al fracaso. Nunca antes se había equivocado, estaba seguro de que los hechos vendrían a verificar de nuevo su implacable lucidez. No porque el régimen militar-oligárquico fuera a hundirse por sí mismo —"las dictaduras no caen solas, hay que derribarlas", repetía— sino porque confiaba en que ni los asesinatos, ni las desapariciones, ni la tortura indiscriminada, ni la cárcel, ni el destierro bastaban para disuadir a los trabajadores argentinos.

Quienes lo conocimos, podemos imaginar la satisfacción con que hoy contemplaría el ocaso del régimen genocida argentino, cómo saludaría a los 50,000 obreros peronistas manifestándose en las calles y qué esperanzas pondría en el naciente frente opositor que radicaliza día a día sus demandas acorralando a la dictadura. "Muchos revolucionarios —terminaba Firmenich, hace un año, su mensaje de condolencia— no pueden llegar a ver el triunfo definitivo de sus pueblos, pero pocos han alumbrado tanto el camino a la victoria como el compañero Rodolfo Puiggrós".

## "Hacer política es pasar del sueño a los hechos", repetía Genaro Carnero Checa

Henri Barbusse muy elocuente, que citaba Genaro con firmeza, como dándole razón, raíz y Norte a su existencia:

"Hacer política es pasar del sueño a los hechos, de lo abstracto a lo concreto. La política es el trabajo efectivo del pensamiento social; la política es la vida".

Y la política fue la vida del autor de *El águila rampante*, quien no sólo perdió su libertad, sino también su profesión (lo expulsaron por comunista de la Escuela de Ingenieros) y las perspectivas de un porvenir afortunado y tranquilo. Se convirtió en autodidacto pertinaz todo el resto de su vida

### LOS HELADOS DE PEKIN

De baja estatura —como todos los Carnero Checa—, pelo endrino, más tarde nevado por las canas; cejas abundosas; un tanto bamboleante en su andar calmo; contagiante en su alegría, cantaba "corridos" y "rancherías" con emotiva vibración. Empero, Genaro también sabía montar en cóleras jupiterinas, cuando la injusticia se le ponía al frente. Tenía vehemencia en su hablar, pautado de interrogaciones al interlocutor: "¿No te parece?", "¿Verdad?", "¿No crees?". Le daba las espaldas a la inercia, salvo las cosas estrictamente indispensables. No se estaba quieto en ningún sitio, con excepción de los sentenciados por el protocolo. Se levantaba de cualquier asiento para dar unos cuantos pasos de aparente nerviosismo, y hablar con sus mexicanismos infaltables, comenzando por "mi cuate".

Este ambular sin sosiego le valió un sonrojo en Pekín, que él mismo me contó. En uno de sus viajes a China Popular —antes de la alianza de ésta con el imperialismo norteamericano y Pinochet—, durante una recepción veraniega que daba el Primer Ministro maolista a una delegación de la Organización Internacional de Periodistas, Genaro dejó su asiento en el jardín para ir al otro extremo de la fila de invitados, con un platillo de helados en la mano. En el camino se tropezó y los helados fueron a dar a los austeros pantalones del sonriente Chou En-Lai.

### UN ROMANCE EN CALZONCILLOS

Maruja Roqué, la compañera de Genaro, le resultó la esposa más abnegada, hermosa, inteligente y fiel que "el negro" pudo encontrar en la vertiginosa vida que llevó. Sin Maruja Roqué, habríamos tenido bastante menos de Genaro Carnero Checa. Por ella, heredamos mucho más. Porque Maruja le dio la mano y corazón para avanzar, para subir al

altozano literario y periodístico, revolucionario y humano hasta donde llegó a ascender. Este amor nació de la forma más extraña que imaginarse pueda.

Don Salvador Roqué (el padre de Maruja) cocinaba "de los cielos", especialmente la paella a la valenciana, que era como para chuparse los dedos. Derrumbada la República española en 1939 —se había instaurado el 14 de abril de 1931 y el 14 de abril celebraba Genaro su cumpleaños—, entornillado Franco en el Palacio de El Pardo, de Madrid, con la ayuda fascista-imperialista, Don Salvador y su esposa, Doña Joaquina, se trasladaron al siempre hospitalario México.

Allá, mi esposa y yo, íbamos semanalmente a su rincón catalán para fruición del paladar y del espíritu. Después de la paella, el bondadoso Salvador cogía sin falta una bota de buen vino, la alzaba al máximo que daban sus brazos y dejaba caer el líquido hilo rojo al centro exacto de sus labios. Desinflado el odre, lo volvía a llenar y nos lo pasaba a nosotros, comenzando por Genaro. Sin embargo, nunca nos atrevimos a imitarle por temor a manchar nuestros vestidos sin duplicado.

Entre tanto, la conversación ignoraba los paréntesis. Un domingo, Maruja nos contó que allá tan lejos como en 1939 —durante el epónimo gobierno del presidente Lázaro Cárdenas, un general verdadero— asistía ella a una reunión restringida del Partido Comunista Mexicano, cuando desde abajo de una mesa, cubierta con largo mantel verde, vio salir una mano, a la par que oyó una voz casi gritando: "¡Pido la palabra!".

Concedida ésta y concluida aquélla, púsose en pie el fantasmagórico camarada y mostrándole los "fundillos" rotos de su pantalón, de golpe le espetó: por favor, ¿puede usted coserme esto, camarada? Pasado el pásmo, Maruja le contestó: "Vuelva a su lugar de origen, camarada y pásame esa prenda". Debajo de la mesa, Genaro quedó largo rato en calzoncillos, en tanto Maruja conseguía una aguja, la enhebraba y, mal que bien, le aliviaba la situación al revolucionario desconocido.

Luego, salieron a comer una torta (butifarra mexicana, con aderezos diversos, y a tomar un café. De tal guisa, comenzó un romance que no ha concluido el 12 de noviembre de 1980, en que expiró Genaro, sino que vivirá tanto como viva Maruja, tanto como vivan sus hijos y los hijos de sus hijos, como vivan los versos que escribió el amado, como viva el nombre del periodista piurano en el Perú. Vale decir, ese amor no ha de morir.



para aumentar un postrer párrafo, donde dejaría bien claro que su punto de partida era la indisoluble unidad entre la teoría y la praxis revolucionaria; temía que lo malinterpretaran los pontífices del obrerismo que, dogma en ristre, van por el mundo tan ocupado en cazar heterodoxos que han perdido el rumbo de la revolución.

José Ramón, comentará: "Pensamos que quienes le cuelguen el sambenito de revisionista, servidor objetivo del imperialismo y todos esos etcéteras que provocaron en Mario más la risa que la amargura parafrasean en él lo que Stendhal afirmaba de su Julien Sorel: lo llaman revisionista los revisionistas".

El mismo Mario se burlaba de esto escribiendo:

### Amenaza

"Me han amenazado por rojo, los supervivientes del MURO.

Por fascista, las feministas radicales.

Por miedoso, los que se enteran que me quedo con gripa en casa.

Por machista, los que saben que sigo yendo al despacho

Por blasfemo, los creyentes

Por reaccionario, los ateos

Por falsario, los puros

Por utópico, los posibilistas

Por mexicano, los guatemaltecos

Un día me pondrán una bomba y entonces todos coincidirán en que lo tenía bien merecido.

Es lo que se llama un asesinato de concentración nacional.

A un año de su muerte, pensamos que el mejor homenaje para Mario Zapata, es recordarlo así, escribiendo. O

### "BAJO LA MISMA BANDERA"

El viernes 18 de julio de este año (y no en febrero, como informó *El Diario*, involuntariamente, en su edición del 13 de Nov. de 1980) Genaro, había llegado el día anterior, dio una conferencia de prensa ante una abigarrada sala de profesionales de los medios de comunicación social, en la Asociación Nacional de Periodistas, que preside el colega Roberto Mejía Alarcón, quien también hizo uso de la palabra.

Todavía con voz estremeciente, "el Negro" denunció al imperialismo yanqui, se solidarizó con el campo socialista; defendió a Cuba, y a los insurgentes en El Salvador. Finalmente, criticó —en forma ácida y mordaz— a la SIP y a Acción Popular por el próximo paso que iba a dar —y ya metió la pata con la devolución de los "grandes" diarios, radios y estaciones de TV a los antiguos amos de la prensa escrita, hablada y televisada.

Al día siguiente, el sábado 19 de julio, estuvo en casa con Maruja y saboreó un específico ceviche preparado para él por Germán Carnero S., su primo. Estaban mis hijos a su lado. No obstante su alegría de verse rodeado de gente tan cercana, ya comenzaba a mirarnos desde la lejanía. Había venido a darnos el adiós definitivo. El lo sabía. Como los viejos elefantes invencibles, cuando se sienten morir, retornan a su lugar de nacimiento, así el Genaro invencible volvió al Perú de sus entrañas laceradas.

En casa nos dedicó sus dos últimos libros: "Los Peces Infernales: Cuentos-Relatos - Testimonios" (México, Ediciones FELAP, 1979) y *La Acción Escrita: José Carlos Mariátegui*, hermosa edición de Editora Amauta, S.A. (Lima, 1980), que estuvo al cuidado del ilustre mariateguista el doctor Ricardo Luna Vegas, que también la prologa. Quizá su mejor relato de la primera obra ("Una mataperrada") está dedicado a Pepe (José María) Quimper, su gran amigo de cincuenta años.

A nosotros nos lo obsequió con sendos autógrafos. En el último, nos dice: "Para Gustavo y Violeta, con las dos manos amigas, bajo la misma bandera. Y un abrazote de G.C.CH.". El 25 de agosto recibimos, junto con nuestros carnets de la Federación Latinoamericana de Periodistas, firmados por él y el colega venezolano Eleazar Díaz Rangel, recibimos, digo, sus noticias postreras desde México. La carta terminaba con una línea que constituye una pauta ideológica: "Mientras sigamos luchando mantendremos viva la esperanza".

Dije arriba que el nerviosismo de Genaro era aparente. En verdad, él tenía una serenidad honda que la ha sacado a flote al momento de entrar en agonía. O poco antes. En la clínica mexicana alentaba a no llorar, a no sufrir, a seguir avanzando, camaradas, a los íntimos allegados que le rodeaban, con Maruja a la cabecera, toda ella enternecida y desarmada de un tirón.

Prosigamos, pues, con la esperanza viva, bajo la misma bandera, a modo de compartir toda la Izquierda Unida el mensaje hereditario de un hombre cuyo nombre, en vano, se pretendió borrar de la historia del Perú: Genaro Carnero Checa.

Lima, noviembre de 1980